

dijo el caballero.—¡Ah! ¡quién sabe! exclamó el guardián con aire estúpido. Beauvoir tomó estas palabras como una de esas estúpidas reflexiones que acostumbran á hacer esas gentes. La esperanza de verse libre pronto le ponía tan alegre, que no podía pararse á reflexionar acerca de las palabras de aquel hombre, especie de aldeano reforzado. El prisionero puso manos á la obra inmediatamente, y aquel mismo día dejó limados los barrotes. Temiendo una visita del comandante, escondió su trabajo tapando la raja limada con la miga de pan frotada contra el óxido del barrote á fin de darle el color del hierro. Después escondió la cuerda y aguardó alguna noche favorable con esa impaciencia concentrada y esa profunda agitación de alma que hace dramática la vida de los prisioneros. Por fin, durante una noche oscura de otoño, acabó de limar los barrotes, ató sólidamente la cuerda y se acurrucó sentado mirando hacia el exterior, y de este modo esperó el momento más oscuro de la noche y la hora en que los centinelas debiesen dormir. Este momento se presentó á la madrugada. El caballero conocía la duración de las guardias, el instante de las rondas, todas esas cosas de que se ocupan, aun involuntariamente, los prisioneros, y acechó el momento en que uno de los centinelas estuviese retirado en su garita á causa de la niebla. Seguro de haber reunido la mayor cantidad de probabilidades favorables para su evasión, empezó á bajar, nudo por nudo, suspendido entre el cielo y la tierra, agarrándose á la cuerda con hercúlea fuerza. Todo fué bien. En el penúltimo nudo, por un

impulso de prudencia, intentó tocar el suelo con los pies, sin lograr encontrarlo. El caso era bastante apurado para un hombre sudoroso, fatigado, perplejo, y en una situación en que se trataba de jugarse la vida á pares ó nones. Iba ya á tirarse, cuando un detalle frívolo se lo impidió: acababa de caérsele el sombrero y, por fortuna, quiso escuchar el ruido que produciría su caída; mas no oyó nada. El prisionero concibió vagas sospechas, y se preguntó si no le habría tendido algún lazo el comandante; pero ¿con qué objeto? Presa de estas incertidumbres, pensó casi en aplazar la evasión para otra noche, y por de pronto resolvió esperar la débil claridad del crepúsculo, hora que sin duda no había de ser completamente desfavorable para su huida. Su fuerza prodigiosa le permitió trepar hasta el calabozo; pero estaba ya casi agobiado de fatiga cuando logró sentarse en el saliente exterior, acechando como un gato desde el borde de su peligroso asiento. No tuvo que esperar mucho tiempo, cuando, haciendo flotar la cuerda, echó de ver una distancia de cien pies entre el último nudo y las puntiagudas rocas del precipicio. «¡Gracias, comandante!» se dijo con la sangre fría que le caracterizaba; y después de haber reflexionado acerca de aquella hábil venganza, juzgó necesario volver á su calabozo. Una vez en él, puso á la vista sobre la cama todos sus cachivaches, dejó la cuerda fuera para hacer creer en su caída, se colocó tranquilamente detrás de la puerta, y esperó la llegada del pérfido carcelero, teniendo en la mano una de las barras de hierro que había limado. El carcelero, que no

tardó en presentarse más pronto que de ordinario para recoger la herencia del muerto, abrió la puerta silbando; pero, cuando estuvo á una distancia conveniente, Beauvoir le asestó sobre el cráneo tan furioso golpe, que el traidor cayó como una masa sin exhalar un grito: la barra le había roto la cabeza. El caballero desnudó inmediatamente al muerto, se vistió sus ropas, imitó su porte, y, gracias á lo matutino de la hora y á la poca desconfianza de los centinelas de la puerta principal, se evadió.

Ni el fiscal ni la señora de La Baudraye parecieron ver en aquel relato la menor profecía para ellos, y los interesados se dirigieron miradas interrogativas como hombres sorprendidos de la perfecta indiferencia de los dos pretendidos amantes.

—¡Bah! yo sé una historia mucho más interesante que esa, dijo Bianchón.

—Cuéntenosla usted, dijeron los auditores ante una seña de Lousteau indicando que Bianchón tenía también cierta reputación de narrador.

Del caudal de historias que conocía, pues todas las gentes de talento tienen cierta cantidad de anécdotas, como la señora de La Baudraye tenía cierta cantidad de frases, el ilustre doctor escogió aquella que bajo el nombre de la *Gran Breteche* se hizo tan célebre, que llegó á representarse en forma de zarzuela, bajo el título de *Valentina*, en el teatro del Gimnasio Dramático. (Véase *Otro estudio de mujer*.) Así es que creemos completamente inútil repetirla, sin embargo de que fuese cosa nueva para los habitantes

del palacio de Anzy. Baste saber que la perfección de los gestos y de las entonaciones valieron allí al doctor tantos elogios como los que recibió en casa de la señorita de Touches cuando lo contó por primera vez. El último cuadro del grande de España muriendo de hambre, de pie en el armario donde le encerró el marido de la señora Merret y las últimas palabras del marido respondiendo al último ruego de su mujer: «Usted me juró por ese crucifijo que no había ahí nadie», produjeron su efecto. Reinó un momento de silencio bastante satisfactorio para Bianchón, silencio que fué interrumpido por la señora de La Baudraye, que dijo:

—Señores, ¿saben ustedes que el amor debe ser cosa muy inmensa cuando una mujer se expone por él á semejantes peligros?

—Yo, que he visto cosas muy raras en esta vida, fui casi testigo de una aventura de este género en España, dijo el señor Gravier.

—Va usted á actuar despues de grandes actores, le dijo la señora de La Baudraye adu-
lando á los dos parisienses con una mirada cari-
ñosa.

—Algún tiempo despues de su entrada en Madrid, dijo el recaudador de contribuciones, el gran duque de Berg invitó á los principales personajes de aquella villa á una fiesta ofrecida por el ejército francés á la capital recientemente conquistada. No obstante el esplendor del banquete, los españoles no se mostraron alegres, sus mujeres bailaron poco, y la mayor parte de los convidados se pusieron á jugar. Los jardines del palacio estaban bastante iluminados para

que las mujeres pudiesen pasearse por ellos con tanta seguridad como en pleno día. La fiesta fué en realidad regia, imperial, y no se perdonó medio á fin de dar á los españoles una elevada idea del emperador, si querían juzgarle por sus subordinados. En una espesura próxima al palacio, entre una y dos de la mañana, varios oficiales franceses hablaban de las probabilidades de guerra y del porvenir poco tranquilizador que pronosticaba la actitud de los españoles presentes á aquella pomposa fiesta.—Por mi parte, dijo el cirujano en jefe del cuerpo de ejército de que yo era pagador general, ayer pedi formalmente al príncipe Murat mi traslado. Sin que yo tema precisamente dejar mis huesos en la península, prefiero ir á curar á los heridos hechos por nuestros buenos vecinos los alemanes, pues sus armas no penetran tan adentro como los puñales castellanos. Además, el temor á España es en mí una especie de superstición. Desde mi infancia he leído libros españoles, y conozco tal serie de aventuras sombrías de este país, que me han prevenido contra sus costumbres. Pero no es esto sólo. Desde mi llegada á Madrid he tenido ocasión de ser ya, si no el héroe, al menos el cómplice de alguna peligrosa intriga tan negra y tan oscura como una novela de Radcliffe; y como acostumbro á escuchar á mis presentimientos, mañana mismo me largo. Supongo que Murat no me negará una licencia, toda vez que, gracias á los servicios que prestamos, contamos siempre con recomendaciones eficaces.—Pues ya que te vas, cuéntanos lo que te ha ocurrido, le dijo un coronel, antiguo repu-

blicano. El cirujano en jefe miró cuidadosamente en torno suyo para reconocer las caras de los que le rodeaban, y seguro de que ningún español escuchaba, dijo:—Ya que no hay aquí gente del país que pueda escucharnos, voy á darle á usted gusto, coronel Hulot. Hace seis días me encaminaba tranquilamente á mi casa, á eso de las once de la noche, después de haber dejado al coronel Montcornet, cuya fonda está á algunos pasos de la mía. Salíamos ambos de casa del ordenador en jefe, donde habíamos tenido una animada velada. De pronto, al volver la esquina de una callejuela, dos desconocidos, ó mejor dicho, dos diablos, se arrojaron sobre mí y me envolvieron la cabeza y los brazos con una capa. Ya comprenderán ustedes que yo empecé á gritar; pero el paño ahogaba mi voz y fui trasladado á un coche con la mayor rapidez. Una vez que mis dos secuestradores me desembozaron de la capa, oí estas desoladoras palabras pronunciadas en mal francés por una voz de mujer:—Si grita usted, si intenta escaparse ó si hace el menor gesto sospechoso, este señor que está delante de usted es capaz de apuñalarle sin escrúpulo. Procure, pues, mostrarse tranquilo. Ahora, voy á comunicarle la causa de este secuestro. Si quiere usted tomarse el trabajo de tender su mano hacia mí, encontrará entre los dos sus instrumentos de cirugía que hemos mandado á buscar á su casa de su parte, y que sin duda han de serle necesarios: le llevamos á usted á una casa para salvar el honor de una mujer que está á punto de dar á luz un niño, el cual quiere ella entregar á este caba-

llero sin que su marido lo sepa. Aunque el marido se separa muy poco de su mujer, de la cual está locamente enamorado, y aunque la vigile con toda la atención de los celos españoles, ella ha podido ocultarle su embarazo y se finge enferma. Usted va, pues, á servir de partero. Los peligros de la empresa no le conciernen á usted, y limitese solamente á obedecernos, si no quiere que el amante que ocupa el coche con nosotros, y que no entiende una palabra de francés, le apuñale á la menor imprudencia.—Y ¿quién es usted? dije yo buscando la mano de mi interlocutora, cuyo brazo estaba envuelto en la manga de una levita de uniforme.—Soy la camarera de confianza de la señora, y estoy dispuesta á recompensarle si se presta usted galantemente á sacarme de este apuro.—Con mucho gusto, le contesté viéndome ya empeñado á la fuerza en tan peligrosa aventura. A favor de la penumbra procuré indagar si la cara y las formas de aquella joven estaban en armonía con las ideas que el metal de su voz me había inspirado. Aquella buena muchacha se había sometido sin duda de antemano á todos los peligros de aquel singular raptó, porque guardó el más complaciente silencio, y aun no había rodado el coche diez minutos por Madrid, cuando recibió y me devolvió un halagüeño beso. El amante, que iba enfrente de mí, no se ofendió por algunas patadas que le dí involuntariamente, aunque presumo que no hizo caso porque no entendía el francés.—Yo no puedo ser su amante más que con una sola condición, me dijo la camarera respondiendo á las tonterías que yo le decía entusiasmado por una

pasión improvisada.—Y ¿cuál es esa condición? —Que no ha de procurar usted saber nunca á quién pertenezco, y que si voy á su casa ha de ser de noche y me ha de recibir sin luz.—Está bien, le contesté. Había llegado á este punto nuestra conversación, cuando el coche se detuvo delante de los muros de un jardín.—Déjeme venderle los ojos, me dijo la camarera, y apóyese en mi brazo para que le guíe.—Y esto diciendo, me vendó los ojos con un pañuelo que ató fuertemente; oigo á poco el ruido de una llave introducida con precaución en la cerradura de una puertecita por el silencioso amante, que había ido delante de mí, y la camarera, de cuerpo esbelto y que tenía un gran meneo en el andar...—Esto de meneo, dijo el recaudador con cierto aire de superioridad, es una palabra de la lengua española, un idiotismo que se emplea para describir ciertos movimientos que las mujeres saben imprimir á una cierta parte de su cuerpo, que ustedes sabrán adivinar sin que yo la nombre.—La camarera (advierto que pongo el relato en boca del cirujano jefe) me condujo á través de los paseos enarenados de un jardín á un lugar donde se detuvo. Por el ruido que hicieron nuestros pasos presumía yo que estábamos delante de la casa.—Ahora, silencio y mire usted mucho lo que hace, me dijo aquella joven al oído. No pierda usted ninguna de mis señas, pues no podré hablarle sin peligro para los dos, y no olvide que esto es cuestión de vida ó de muerte para usted.—Después añadió en voz alta:—La señora está en un cuarto del piso bajo, para llegar al cual tendremos que pasar

por delante de la cama de su marido; no tosa usted, ande despacito y sígame cuidando no tropezar con los muebles ni poner los pies fuera de la alfombra que yo he preparado.—Cuando ella decía esto, el amante gruñó sordamente como hombre impacientado de tanta espera. La camarera guardó silencio, oí abrir una puerta, sentí el aire cálido de una habitación, y ambos marchamos á paso de cigüeña como ladrones nocturnos. Por fin, la suave mano de la joven me quitó la venda, y me encontré en un gran cuarto, alto de techo, y mal iluminado por un humeante quinqué. La ventana estaba abierta, pero había sido provista de barrotes de hierro por el celoso marido. Yo no sabía lo que me pasaba. En el suelo, sobre una estera, una mujer cuya cabeza estaba cubierta con un velo de muselina, á través del cual sus ojos, inundados de lágrimas, brillaban con todo el brillo de las estrellas, mordía con tal fuerza un pañuelo, que sus dientes se clavaban en él. Nunca he visto un cuerpo más hermoso; pero aquel cuerpo se retorció de dolor como una cuerda de arpa arrojada al fuego. La desgraciada apoyaba sus dos piernas en una especie de cómoda, y con las dos manos se cogía á los palos de una silla tendiendo sus brazos, cuyas venas todas estaban terriblemente hinchadas. Parecía un criminal en medio de las angustias del tormento; pero no se oía más ruido ni más gritos que los crujidos de sus huesos. La dama, la camarera y yo permanecíamos allí mudos é inmóviles. Los ronquidos del marido resonaban con consoladora regularidad. Yo quise examinar á la camarera; pero se había vuelto á

colocar el antifaz, que sin duda se había quitado en el coche, y sólo pude ver sus ojos negros y sus formas agradablemente pronunciadas. El amante colocó en el acto unas toallas sobre las piernas de su querida y cubrió su cara con otro velo de muselina. Una vez que hube examinado cuidadosamente á aquella mujer, observé por ciertos síntomas que había notado ya en otra circunstancia muy triste de mi vida, que el feto estaba muerto, y me incliné hacia la joven para darle cuenta de este acontecimiento. En aquel instante, el desconfiado amante desconocido sacó el puñal; pero yo tuve tiempo para comunicarle mi observación á la camarera, la cual se la transmitió en voz baja en dos palabras. Al oír mi sentencia, el amante tembló de pies á cabeza, y, bajo su antifaz de terciopelo negro, me pareció verle palidecer. La camarera aprovechó un momento en que aquel hombre desesperado miraba á la moribunda, que se ponía violácea, y me mostró sobre la mesa unos vasos de limonada preparados, haciéndome un signo negativo. Comprendí que era preciso me abstudiese de beber, á pesar de la horrible sed que me secaba la garganta. El amante tuvo sed, y tomando un vaso vacío lo llenó de limonada y bebió. En aquel momento la dama tuvo una convulsión violenta que me anunció el instante favorable para la operación; y entonces yo me armé de valor y, después de una hora de trabajo, logré extraer el niño á pedazos. El español no pensó ya en envenenarme, comprendiendo que acababa de salvar á su querida, y vi que gruesas lágrimas rodaban á intervalos por su cara. La mujer no lanzaba un grito, pero se revol-

vía como una bestia feroz cogida en el lazo, y sudaba gruesas gotas. En un instante horriblemente crítico la parturienta hizo un gesto para indicar el cuarto de su marido; éste acababa de dar una vuelta en el lecho, y, de nosotros cuatro, sólo ella había oído el movimiento de las sábanas y de las cortinas y el crujir de la cama. Nosotros nos detuvimos, y, á través de sus antifaces, la camarera y el amante se dirigieron fogosas miradas como para decirse: «¿Lo mataremos si se despierta?» Entonces tendí la mano para tomar el vaso de limonada que el desconocido había empezado, y el español, creyendo que iba á beber uno de los vasos llenos, saltó como un gato, colocó su enorme puñal sobre los dos vasos envenenados, y me dejó el suyo haciéndome señas de que bebiese lo que quedaba. Aquella seña y su rápido movimiento encerraba tantas ideas y tanto corazón, que le perdoné las atroces combinaciones meditadas para matarme y destruir de aquel modo toda memoria de tan triste acontecimiento. Después de dos horas de cuidados y de temores, la camarera y yo acostamos á la parturienta. Aquel hombre, metido en empresa tan aventurada, previendo una huida, había metido una porción de diamantes en un papel y los había introducido en mi bolsillo sin que yo me diese cuenta. Entre paréntesis, he de decirles que como yo ignoraba el misterioso regalo del español, mi criado me robó aquel tesoro al día siguiente, y huyó provisto de una verdadera fortuna. Yo dije al oído á la camarera las precauciones que había que tomar, y quise marcharme. La joven se quedó al lado de su ama; circunstancia esta que

me dió que pensar y que me decidió á ponerme en guardia. El amante hizo un paquete con el niño muerto y las ropas con que la camarera había recogido la sangre de su ama, lo estrechó fuertemente, me colocó la mano sobre los ojos como para indicarme que los cerrase, y salió delante indicándome con un gesto que me cogiese á los faldones de su levita. Obedecí, aunque no sin dirigir una última mirada á mi casual amante, la cual se quitó el antifaz una vez que el español estuvo fuera, y me mostró el rostro más delicioso del mundo. Cuando me vi en el jardín al aire libre, confieso que respiré como si me hubiesen quitado un enorme peso de encima. Yo marchaba á una respetuosa distancia de mi guía acechando sus menores movimientos con la mayor atención. Al llegar á la puertecita, el amante me cogió la mano, me apoyó en los labios un sello montado sobre una sortija que yo le había visto en un dedo de la mano izquierda, y le dí á entender que comprendía aquel elocuente signo. Hecho esto, nos trasladamos á la calle, donde dos caballos nos esperaban. Montamos cada uno en el nuestro, el español se apoderó de mis bridas, las sostuvo con la mano izquierda, tomó con los dientes las bridas de su caballo, pues llevaba en la derecha el sangriento paquete, y partimos con la rapidez del rayo. No me fué posible fijarme en el menor objeto que pudiese servirme para reconocer la carretera que seguíamos. Al rayar el alba me encontré en la puerta de mi casa, y el español huyó dirigiéndose hacia la puerta de Atocha.—Y ¿no vió usted nada que pudiese darle á conocer la mujer

á quien había operado? dijo el coronel al cirujano.—Una sola cosa, repuso éste. Cuando yo operaba á la desconocida observé que tenía en un brazo una mancha del tamaño de una lenteja rodeada de pelo negro.—En aquel momento el indiscreto cirujano palideció, y todos los ojos, fijos en los suyos, siguieron su dirección: entonces vimos á un español cuya mirada brillaba bajo una espesura de naranjos. Al ver que era objeto de nuestra atención, aquel hombre desapareció con la rapidez del rayo. Un capitán se apresuró á marchar en su persecución.—¡Canastos! amigos míos, exclamó el cirujano, esos ojos de basilisco me han helado. Mis oídos oyen ya tocar á muerto. Recibid mis adioses, porque espero que me enterraréis aquí.—¿Estás loco? le dijo el coronel Hulot. Falcón ha seguido la pista al español que nos escuchaba, y sin duda sabrá decirnos quién es.—¿Le has alcanzado? exclamaron los oficiales al ver llegar al capitán muy sofocado.—¿Quién diablo es capaz de encontrarle, si parece que atraviesa las paredes? Como no creo que sea un brujo, me inclino á creer que ha de ser de la casa, y que ha logrado despistarme porque la conoce mucho.—¡Estoy perdido! dijo el cirujano tristemente.—Hombre, no seas así; Vega, tranquilízate, le dije yo. Esta noche te acompañaremos, y te velaremos en lo sucesivo hasta que te hayas marchado.—En efecto, tres oficiales jóvenes, que habían perdido el dinero al juego, acompañaron al cirujano á su casa, y uno de nosotros se ofreció á quedarse con él. Dos días después, Vega había obtenido su traslado á Francia; había hecho todos sus preparativos para

partir con una señora á la que Murat cedía una gran escolta, y acababa de comer en compañía de sus amigos, cuando su criado entró á advertirle que una joven deseaba hablarle. El cirujano y los tres oficiales bajaron inmediatamente temiendo que aquello fuese un lazo. La desconocida sólo pudo decir á su amante: «¡Tenga usted cuidado!» y cayó muerta. Aquella mujer era la camarera, la cual, sintiéndose envenenada, esperaba llegar á tiempo para salvar á su amante.—¡Demonio! ¡demonio! ¡esto sí que es amor! exclamó el capitán Falcón. Sólo una española es capaz de trotar como lo ha hecho esta mujer con semejante veneno en el cuerpo.—Vega se quedó sumamente pensativo, y para ahogar los siniestros pensamientos que le atormentaban, se puso á la mesa y bebió inmoderadamente en unión de sus compañeros. Medio borrachos ya todos, se acostaron muy temprano, y á media noche el pobre Vega fué despertado por el enorme ruido que hicieron los anillos de sus cortinas descorridas violentamente. El médico, asustado, se incorporó, y entonces pudo ver ante él á un español envuelto en una capa que le dirigía la misma mirada ardiente que le había sido dirigida en el jardín durante la fiesta. Vega gritó:—¡Auxilio! ¡A mí, amigos míos!—Pero el español respondió á aquel grito de angustia con una amarga sonrisa, y después le dijo:—El opio crece para todo el mundo.—Pronunciada esta especie de sentencia, el desconocido le mostró á los tres amigos profundamente dormidos, sacó de debajo de su capa un brazo de mujer recientemente cortado, se lo enseñó á Vega haciéndole ver una

marca semejante á la que tan imprudentemente había descrito, y le preguntó:—¿Es la misma?— Al resplandor de una linterna colocada sobre el lecho, Vega reconoció el brazo y sólo respondió con su estupor, y, sin más amplias explicaciones, el marido de la desconocida le sepultó el puñal en el corazón.

—Eso es bueno para ser contado á carboneros, pues se necesita su inocente fe para creerlo, dijo el periodista. ¿Podría usted decirme quién de los dos habló, el muerto ó el español?

—Caballero, respondió el recaudador de contribuciones, yo cuidé al pobre Vega, que murió cinco días después en medio de horribles sufrimientos. Pero no es esto todo. Cuando la expedición emprendida para restablecer á Fernando VII, fui nombrado para desempeñar un cargo en España, y afortunadamente no tuve que ir más allá de Tours, porque me hicieron concebir esperanzas de que me darían la recaudación general de Sancerre. La vispera de mi partida asistía yo á un baile en casa de la señora de Listomere, al cual tenían que concurrir también algunos distinguidos españoles, y al dejar la mesa de juego, vi á un grande de España, á un afrancesado desterrado que había llegado hacía quince días á Turena. El tal español entró muy tarde en el baile, y visitaba los salones acompañado de su mujer, cuyo brazo derecho permanecía completamente inmóvil. Nosotros echamos un poco á un lado para dejar pasar á aquella pareja, que nos produjo verdadera emoción. Figúrense ustedes un cuadro animado de Murillo. En unas órbitas profundas y enne-

grecidas, el hombre mostraba unos ojos de fuego que parecían incrustados en ellas; su cara era enjuta, su cráneo calvo ofrecía tonos ardientes, y su cuerpo era tan delgado, que asustaba. ¡La mujer! imagínensela ustedes. Pero ¡ca! no serán capaces. Tenía ese admirable talle que ha hecho crear la palabra *meneo* en la lengua española, y, aunque muy pálida, era bella: su tez era blanca como la nieve, cosa rara en una española; pero su mirada, que participaba del ardor del sol español, caía sobre uno como un chorro de fuego. —Señora, le pregunté á la marquesa al acabar el baile, ¿cómo perdió usted el brazo?—En la guerra de la Independencia, me contestó aquella dama.

—España es un país muy singular, y aun queda en él algo de las costumbres árabes, dijo la señora de La Baudraye.

—¡Oh! dijo el periodista riéndose, esa manía de cortar los brazos es allí muy antigua, y, al parecer, reaparece de cuando en cuando; porque ese mismo argumento dió ya materia para algunos dramas españoles allá por el año 1570.

—¡Cómo! ¿me cree usted capaz de inventar una historia? dijo el señor Gravier ofendido del aire impertinente de Lousteau.

—De ningún modo, respondió maliciosamente el periodista.

—¡Bah! dijo Bianchón, las invenciones de los novelistas y de los dramaturgos pasan á veces de los libros y de las piezas á la vida real, del mismo modo que los acontecimientos de la vida real son trasladados á veces al teatro y á los libros. Yo he visto con mis propios ojos represen-

tar en la vida real la comedia titulada *Tartufo*, á la cual sólo le faltó el desenlace.

—Y la tragicomedia *Adolfo*, de Benjamín Constant, se representa á todas horas, exclamó Lousteau.

—¿Creen ustedes que pueden ocurrir aún en Francia aventuras semejantes á las que acaba de contarnos el señor Gravier? dijo la señora de La Baudraye.

—¡Ya lo creo! exclamó el procurador del rey. *De los diez ó doce crímenes salientes que se cometen* anualmente en Francia, la mitad se verifican en circunstancias por lo menos tan extraordinarias como las que acabamos de oír. Pero ¿no prueba esta verdad la publicación de la *Gaceta de los Tribunales*, que es, á mi juicio, uno de los mayores abusos de la prensa? Este periódico, que sólo data del año 1826 ó 1827, no existía aún cuando yo ingresé en la judicatura, y, por consiguiente, los detalles del crimen de que voy á hablarles no fueron conocidos fuera del departamento donde fué perpetrado. En el arrabal de Saint-Pierre, en Tours, una mujer cuyo marido habia desaparecido cuando el lincenciamiento del ejército del Loira en 1816, y que fué, como es natural, muy llorado, se hizo notable por su excesiva devoción. Cuando los misioneros recorrieron las villas de provincias para restaurar las cruces derribadas y borrar las huellas de las impiedades revolucionarias, esta viuda fué una de las más entusiastas, aportó su cruz, clavó en ella un corazón de plata atravesado por una flecha, y mucho tiempo después de la misión iba todas las noches á hacer una plegaria al pie de la cruz,

que fué plantada detrás de la catedral. Por fin, vencida por los remordimientos, confesó un crimen espantoso. Aquella mujer habia degollado á su marido, lo mismo que degollaron á Fualdés, desangrándolo; lo habia salado y descuartizado como si fuera un cerdo, y por espacio de mucho tiempo cortaba todas las mañanas un pedazo é iba á arrojarlo al Loira. El confesor consultó á sus superiores, y advirtió á su penitenta que tenia que prevenir al fiscal de la audiencia. La mujer esperó la llegada de la justicia. El fiscal y el juez de instrucción, visitando la bodega, encontraron aún la cabeza salada en uno de los depósitos.—Pero ¡desgraciada! dijo el juez de instrucción á la inculpada, ya que cometió usted la barbarie de arrojar al río el cuerpo de su marido, ¿por qué no hizo desaparecer la cabeza para que no hubiera pruebas?—Señor, le contestó la mujer, lo intenté varias veces, pero siempre la encontré muy pesada.

—Y ¿qué le hicieron á la mujer? exclamaron los dos parisienses.

—Fué condenada y ejecutada en Tours, respondió el magistrado; pero su arrepentimiento y su religión le valieron grandes simpatías, á pesar de la enormidad de su crimen.

—¡Si se conocieran todas las tragedias que ocurren en los matrimonios!... dijo Bianchón. Yo encuentro mal que la justicia humana intervenga en los crímenes entre esposos, donde las más de las veces es preciso juzgar por equidad.

—Muchas veces la víctima ha sido por tanto tiempo el verdugo, que el crimen parecería á

veces excusable si los acusados se atreviesen á decirlo todo.

Esta respuesta provocada por Bianchón, y la historia contada por el fiscal, hicieron dudar á los dos parisienses acerca de la situación de Dinah; así es que cuando llegó la hora de acostarse, hubo entre ellos uno de esos conciliábulos que se tienen en los corredores de esos antiguos palacios, y durante los cuales los solteros permanecen con la palmatoria en la mano hablando misteriosamente. El señor Gravier supo entonces el objeto de aquella agradable velada, que puso de manifiesto la inocencia de la señora de La Baudraye.

—Después de todo, dijo Lousteau, la impasibilidad de la dueña de la casa lo mismo puede ser hija de una profunda depravación que del candor más infantil. El procurador del rey me ha parecido que le proponía que pusiese en sazón al raquítico La Baudraye.

—¡Oh! el barón no viene hasta mañana. ¿Quién sabe lo que pasará esta noche? dijo Gatién.

—¡Oh! ¡lo sabremos! exclamó el señor Gravier.

La vida del campo lleva consigo una infinidad de bromas pesadas, algunas de las cuales destilan verdaderamente horrible perfidia. El señor Gravier, que había visto tantas cosas, propuso á los demás la idea de sellar la puerta de la señora de La Baudraye y la del fiscal. Los patos acusadores del poeta Ibico no son nada en comparación del cabello que los espías de la vida campestre fijan en la abertura de una puerta por

medio de dos bolitas de cera aplastadas, y colocadas á tanta altura ó tan bajas que es imposible percibir las. El galán sale y abre la otra puerta sospechosa, y la coincidencia de los cabellos arrancados lo dice todo. Cuando el médico, el periodista, el señor Gravier y Gatién creyeron á todo el mundo dormido, fueron descalzos, como verdaderos ladrones, á sellar las dos puertas, y se prometieron volver á las cinco de la mañana á examinar el estado de los sellos. Juzgad cuál sería su asombro y el placer de Gatién cuando, vestidos apenas los cuatro y con la palmatoria en la mano, fueron á examinar los cabellos y los encontraron en perfecto estado de conservación.

—¿Es la misma cera? dijo el señor Gravier.

—¿Son los mismos cabellos? preguntó Lousteau?

—Sí, dijo Gatién.

—Entonces, esto varía, exclamó Lousteau. Habrán trabajado ustedes para el diablo.

El recaudador de contribuciones y el hijo del presidente se interrogaron con una mirada que quería decir: «¿No encerrará esta frase algo mortificante para nosotros? ¿debemos reirnos ó enfadarnos?»

—Si Dinah es virtuosa, dijo en voz baja el periodista á Bianchón, merece la pena que yo recoja el fruto de su primer amor.

La idea de rendir en pocos instantes una plaza que se resistía hacía once años á los sancerreses, halagó entonces á Lousteau. Animado por esta idea, el periodista fué el primero en bajar al jardín, esperando poder encontrar en él casualmente á la poetisa. Y esta casualidad se pre-

sentó, tanto mejor cuanto que la señora de La Baudraye tenía también deseos de conversar con el crítico. La mitad de las casualidades son buscadas.

—Caballero, ayer estuvo usted de caza, dijo la señora de La Baudraye. Pero lo que es hoy, no sé qué nueva diversión ofrecerle, á menos que no quiera usted ir á La Baudraye, donde podrá observar la provincia algo mejor que aquí, donde apenas ha podido usted ver la mitad de las ridiculeces.

—Ese estúpido de Gatién le ha repetido á usted, sin duda, una frase que dije yo para hacerle confesar que estaba enamorado de usted, dijo Lousteau. Su silencio de anteayer durante la comida y durante toda la velada, me reveló claramente una de esas indiscreciones que no se cometen nunca en París. ¿Qué quiere usted? Yo no me precio de hombre perspicaz, y ayer tramamos contar todas aquellas historias con el único objeto de saber si les causaban alguna desazón á usted ó al señor de Clagny... ¡Oh! tranquilícese usted; estamos seguros de su inocencia. Si usted hubiese tenido la menor debilidad por ese virtuoso magistrado, hubiera perdido á mis ojos todo su valor. A mí me gusta lo que es completo. Usted no ama, usted no puede amar á ese enclenque, á ese frío, á ese pequeño, á ese mudo usurero que la deja á usted aquí sola por ganar algunos francos más al año. ¡Oh! yo he reconocido en seguida la perfecta identidad que existe entre el señor de La Baudraye y los usureros de París: son de la misma naturaleza. Veintiocho años, bella, juiciosa, sin hijos... mire

usted, señora, nunca he encontrado mejor planteado el problema de la virtud. El autor de *Paquita la Sevillana* debe haber soñado mucho... Yo puedo hablarle á usted de todas estas cosas sin la hipocresía que acostumbran á emplear los jóvenes, porque soy viejo antes de tiempo y no tengo ilusiones; ¡quién las tiene habiendo ejercido mi profesión!...

Comenzando de este modo, Lousteau suprimía todas esas futilidades del estreno de las pasiones verdaderas, iba derecho á su objeto y se ponía en posición de que le fuese ofrecido lo que las mujeres se hacen pedir durante años, ejemplo de ello el pobre fiscal, que lograba como mayor favor estrechar con alguna más fuerza que de ordinario el brazo de Dinah contra su corazón, y ya se consideraba feliz. Así es que, para no desmentir su renombre de mujer eminente, la señora de La Baudraye procuró consolar á aquel Manfredo profetizándole todo un porvenir de amor en el que ni siquiera había soñado.

—Usted ha buscado el placer, pero no ha amado nunca, le dijo la baronesa. Créame usted, el amor verdadero se siente á veces en la última etapa de la vida. Ahí tiene al señor Jentz que se enamora en su vejez de Fanny Ellsler, y abandona las revoluciones de julio por las repeticiones de esta bailarina.

—¡Eso sí que me parece un poco difícil! respondió Lousteau. Yo creo en el amor, pero no en la mujer... Aparte de que hay sin duda en mí defectos que impiden que yo sea amado, como lo prueba el hecho de haberme visto abandonado muchas veces. Acaso tenga un excesivo sentido

miento de lo ideal... como todos los que han agotado la realidad.

La señora de La Baudraye oyó al fin hablar á un hombre que, sumido en el más distinguido ambiente parisiense, llevaba consigo los axiomas más atrevidos y depravaciones casi sencillas, y que, si no era eminente, sabía fingirlo muy bien. Esteban obtuvo con Dinah todo el éxito de una primera representación. Paquita la sancerresa aspiró las tempestades de París, el aire de París, y pasó uno de los días más agradables de su vida entre Esteban y Bianchón, que le contaron las anécdotas más curiosas de su vida, salidas ocurrientes y frases y hechos vulgares en París, pero completamente nuevos para ella. Como es natural, Lousteau habló muy mal de la gran celebridad femenina del Berry, con la evidente intención de adular á la señora de La Baudraye y de llevarla al terreno de las confidencias literarias, haciéndole considerar á esta escritora como rival suya. Esta alabanza embriagó á la baronesa, á la que el señor de Clagny, el recaudador de contribuciones y Gatién encontraron más afectuosa que la víspera con Esteban. Estos amantes de Dinah dijeron que sentían haber ido á Sancerre, donde tanto habían alabado la velada de Anzy. A juzgar por lo que ellos decían, nunca se habían dicho cosas tan ocurrientes, y las horas habían transcurrido sin sentirlo. Los dos parisienses fueron celebrados por ellos como dos eminencias, y estas exageraciones, repetidas por el mallo, dieron por resultado el hacer llegar diez y seis personas al palacio de Anzy, las unas en cabriolé y las otras en tartana, y algunos sol-

terones en caballos de alquiler. A eso de las siete aquellos provincianos hicieron mejor ó peor su entrada en el inmenso salón de Anzy, que Dinah, prevenida, había iluminado profusamente, y al que había comunicado el mayor lustre despojando á sus hermosos muebles de sus fundas grises, pues consideró aquella velada como uno de sus grandes días. Lousteau, Bianchón y Dinah cambiaron miradas llenas de malicia, al mismo tiempo que examinaban las posturas y escuchaban las frases de aquellos visitantes llevados por la curiosidad. ¡Cuántas cintas inválidas, encajes hereditarios y flores más bien artificiosas que artificiales se presentaron audazmente sirviendo de adornos á capotas bisanuales! La presidenta Boirouge, prima de Bianchón, cambió algunas palabras con el doctor, del cual obtuvo una consulta gratis explicándole pretendidos dolores en el estómago, que fueron atribuidos por el galeno á indigestiones periódicas.

—Límitese usted á tomar té una hora después de la comida, como los ingleses, y estará usted curada; porque lo que usted tiene es una enfermedad inglesa, le respondió galantemente Bianchón.

—Dícese que Dinah le ha hecho venir á usted, más bien que por las elecciones, para averiguar la causa de su esterilidad, replicó la señora de Clagny ahogando sus palabras con el abanico.

En el primer momento de su éxito, Lousteau presentó al sabio médico como el único candidato posible para las próximas elecciones. Pero Bianchón, con gran asombro del nuevo subpre-

fecto, advirtió que le era imposible abandonar la ciencia por la política.

—Únicamente los médicos sin clientela pueden aspirar á ser diputados, dijo Bianchón. Elijan ustedes hombres de Estado, pensadores, gentes cuyos conocimientos sean universales y que sepan estar á la altura de un legislador: esto es lo que hace falta en las cámaras y lo que necesita nuestro país.

Dos ó tres jóvenes, algunas muchachas casaderas y algunas casadas examinaron á Lousteau como si fuese un fenómeno.

—El hijo del presidente asegura que el señor Lousteau gana con su pluma veinte mil francos al año, dijo la mujer del alcalde á la señora de Clagny. ¿Lo cree usted?

—Me parece difícil, porque un fiscal de la audiencia sólo tiene mil escudos de sueldo.

—Gatién, dijo la señora Chandier, hágale usted hablar en voz alta al señor Lousteau, porque aun no le he oído hablar.

—¡Qué botas más bonitas lleva y cómo relucen! dijo la señorita Chandier á su hermano.

—¡Bah! son de charol.

—¿Por qué no te haces tú otras iguales?

Lousteau acabó por ver que llamaba demasiado la atención, y reconoció en la actitud de los sancerreses los indicios del deseo que los había llevado. —¡Qué broma se les podría hacer! pensó el periodista. En este momento, el pretendido ayuda de cámara del señor de La Baudraye, aldeano vestido con librea, llevó las cartas y los periódicos y un paquete de pruebas que el periodista dejó tomar á Bianchón, pues la se-

ñora de La Baudraye le dijo al ver el paquete cuya forma y precinto eran bastante tipográficos:

—¡Cómo! ¿hasta aquí le persigue á usted la literatura?

—No la literatura, respondió Lousteau, sino la revista en que acabo una novela, revista que saldrá dentro de diez días. He venido bajo el peso de: *La terminación en el próximo número*, y he tenido que dar mi dirección al impresor. ¡Ah! crea usted que los especuladores en papel impreso nos venden muy caro el pan. Ya le haré una descripción de los directores de revistas.

—¿Cuándo empezará la conversación? dijo entonces á Dinah la señora de Clagny, como cuando se pregunta: ¿A qué hora empiezan los fuegos artificiales?

—Yo creía que escucharíamos historias, dijo la señora Popinot-Chandier á la señora Boirouge.

En este momento en que, cual un público impaciente, los sancerreses dejaban oír sus murmullos, Lousteau vió á Bianchón sumido en una meditación que le fué inspirada por la envoltura de las pruebas.

—¿Qué tienes? le preguntó Esteban.

—Veo aquí la novela más bonita del mundo contenida en una de las hojas que envolvían tus pruebas. Mira, lee: *Olimpia ó las venganzas romanas*.

—Veamos, dijo Lousteau tomando el papel que le tendía Bianchón, y leyendo en voz alta lo siguiente: